EL CABILDO MALAGUEÑO Y LA REDACCIÓN DE LAS ORDENANZAS DE 1556

A pesar de que no es fácil hablar de Málaga durante los primeros años del reinado de Felipe II por el cúmulo de acontecimientos, sucesos, hechos, noticias, etc, que sucedieron a la Ciudad en este periodo, nos aproximaremos al funcionamiento del cabildo municipal de los primeros años de su regencia utilizando la información que ha generado sus sesiones a través de los tres principales artífices del estamento privilegiado como eran la figura del corregidor, de los regidores y los jurados. Estos personajes, integrantes de la corporación municipal, eran quienes mejor conocían la realidad ciudadana ejerciendo gran protagonismo en la vida cotidiana de la urbe. Y por consiguiente y como contrapartida, sufriendo la oposición de los distintos grupos a los que se tenían que enfrentar para ejercer sus funciones. Unas y otras razones, eran suficiente motivación para interpretar que fueron los mayores partidarios a que las Ordenanzas fuera una realidad, por lo que acercarnos a estos cargos u oficios es vislumbrar el espíritu con el que se realizó.

A grandes rasgos, esta fecha es el inicio de importantes cambios con una gran trascendencia tanto a nivel nacional como local, pues tuvo lugar el comienzo del reinado de Felipe II por abdicación del Emperador Carlos V. Aquél abandonaría los sueños de dominio universal de su padre y reformaría y modernizaría la administración de la Monarquía Hispana. En esta coyuntura, se posibilitó en nuestra Ciudad la redacción de las Ordenanzas que,

debido al gran alcance que tuvo durante siglos este corpus jurídico¹, será fundamental para el buen funcionamiento municipal y buena gobernación de la Ciudad, ya que las actividades o actuaciones de estos capitulares intentaban que estuvieran respaldadas por ellas.

Así pues, el Concejo Malagueño de estos primeros años del reinado de Felipe II lo podríamos enmarcar en este contexto de reforma y desarrollo de la nación, con una burocracia centralizada que le sirvió a la Corona para seguir estableciendo a un grupo de personas, las elites locales, en cuyas manos depositaban el destino de los pueblos. Desde este momento, esta dependencia que se estableció entre las oligarquías de los poderes locales y el poder central, no siempre fueron buenas, aunque a ambos, por diferentes razones, les interesaban que al menos estuvieran cordiales.

Esta novedosa forma de relacionarse dio lugar a una administración nueva, que iría evolucionando a lo largo de los años, cuya finalidad era la de aglutinar políticamente las diferentes ciudades españolas, teniendo su gran exponente en el S. XVIII época del absolutismo, y aunque la estructura de la institución municipal había sufrido un cambio sustancial respecto a su fundación inicial en 1489², sin embargo, en la cúspide de este grupo y como representante del rey, seguía encontrándose la figura del corregidor, lo que significa que "en teoría" era la máxima autoridad y un intermediario entre los monarcas y el resto de los ciudadanos. A través de él, el rey como cabeza del nuevo estado moderno, intentaría subordinar a la ciudad y acoplarla a los intereses particulares de la Corona, como ocurrió el 28 de febrero de 1556 que

¹ En cabildo 3 de enero de 1556, folio 99v, vol. 12. Cabildo 17 de abril de 1556, folio 155v, vol. 12, se ordenó que las ordenanzas de esta Ciudad se recopilasen en un libro para que hubiese más facilidad en el despacho de los negocios. Entre otros autores que han tratado las ordenanzas destaca: VILLAS TINOCO, S.: *Las ordenanzas municipales malagueñas de 1611 (I)*, en Baetica nº 0, pág. 265-272. Málaga 1981. ARROYAL ESPIGARES, P.J y MARTÍN PALMA, Mª T.: *Ordenanzas del Concejo de Málaga*, Málaga, 1989.

² A.M.M., Colección de Originales 1, página 6-9 los Reyes Católicos mandan que hubieran 13 regidores, 8 jurados, 4 fieles, 7 escribanos públicos, siendo uno de ellos fuese del consejo quienes tuviesen dichos oficios por su vida

se celebró un cabildo extraordinario para que la Ciudad colaborara en la recuperación de Bujía y toma de Argel. El corregidor, a pesar de la carestía en que se encontraba Málaga, se puso totalmente de parte de la monarquía manifestando que la jornada que S.M. quería hacer era importante para estos reinos³.

Este reinado comenzó estando al frente de las sesiones de cabildo el corregidor Pedro de Vivero. La toma de posesión se efectuó en cabildo del 11 de enero de 1555⁴, extendiéndose a 1557 como consecuencia de la prórroga que se le otorgó⁵, pues como indica el mismo documento "porque convenía al servicio de S.M.". Lo sustituyó Francisco de Molina quien ocupó el cargo hasta octubre de 1559; seguido del licenciado Hernán Yáñez de Sotomayor, Alonso Ordoñez de Villaquirán y don Juan de Borja.

Con la llegada del corregidor, entra en escena un nuevo alcalde mayor, que en este caso era Diego Arias de Yebra, que también tenía competencias para presidir las sesiones de cabildo, reemplazándolo en sus ausencias y enfermedades o compartiendo estas sesiones conjuntamente ambos cargos. Además, estos dignatarios nombraban a otros oficiales como alguaciles mayores, menores y del campo, etc., que cesaban cuando el corregidor dejaba de ejercer su oficio.

Las funciones que desempeñaban los corregidores abarca una amplia gama de actividades que podríamos resumirlas en tres apartados importantes: primero como presidente, segundo como representante del rey y finalmente, como garante de la convivencia y orden público. Igualmente, tendría que controlar e informar de los portazgos e imposiciones nuevas y acrecentadas que se llevaban en

³ A.M.M., Actas Capitulares, 1556, febrero, 28, cabildo extraordinario, fol. 132v, vol. 12.

⁴ A.M.M., Libro de Interés Histórico nº 159, fols. 113-115.

⁵ *Ibidem*, fols. 129-130.

la ciudad y sus comarcas y también se ocuparía del cobro de las rentas de los bienes de propios y demás contribuciones.

Al terminar cada mandato, sufrirían el juicio de residencia, una forma jurídica de rendir cuentas del desempeño de su cargo, a la vez que suponía una cierta garantía para la Ciudad para defenderse de la prepotencia y pocos escrúpulos de algunos corregidores. Hubo casos en que se le impuso una sanción al corregidor cuando se le hizo la residencia, como ocurrió en 1559 con Francisco de Molina.

Pero la figura clave de los cabildos municipales lo constituía el regimiento, a través de sus titulares, quienes eran los que verdaderamente gobernaban en la Ciudad. El regidor era un miembro del cabildo municipal con voz y voto, que formaba parte de su gobierno junto con el corregidor, alcaldes y jurados, teniendo a su cargo un amplio espectro de funciones y cometidos. Sus principales obligaciones iban encaminadas al control de los abastos y de la hacienda municipal como parte primordial de la economía de subsistencia e íntimamente ligado al poder de decisión. Fueron designados por el rey entre los vecinos principales de la Ciudad, los socialmente privilegiados, llegando a formar lo que podríamos denominar una oligarquía local. Estas regidurías, en muchos casos, iban trasmitiéndose de un miembro a otro de la misma familia, generalmente de padres a hijos, por lo que si observamos la trayectoria de este reinado, nos encontramos individuos que tienen el mismo apellido como los Aguirre, Berlanga, Carrillo, Salvago, Ugarte, Verdugo, etc. Estos linajes familiares, monopolizaban el poder, lo que conllevó la concentración de los oficios públicos en manos de unos pocos, produciendo efectos negativos al gobierno local, pues cada vez dependían más de la administración central, que era el órgano que le proporcionaba sus privilegios, por lo que su capacidad de decisión estaba muy mediatizada por dichos intereses.

Otro de los pilares jurídico-sociales fundamentales en los que se apoyaba la institución capitular durante la Edad Moderna, eran los jurados. Su existencia data de la época de los Reyes Católicos, cuando dividieron a Málaga en cuatro colaciones, colocando a dos jurados por cada una de ellas. Aunque su nombramiento, al igual que la de los regidores, estaba estipulado que debía realizarse entre caballeros y gente principal de la Ciudad, no siempre ocurrió así y se solicita que si los oficios no pasaban a herederos directos, al menos fueran "personas notorias, hijosdalgo, cristianos viejos y honradas", pues de lo contrario, se perdería la buena opinión que había tenido la Ciudad.

De la actuación en el cabildo de estos dignatarios locales en los primeros años del reinado de Felipe II podemos extraer una serie de observaciones que nos hacen resaltar los aspectos más permanentes del cabildo, repetitivos y ordinarios pero paradigmáticos de la actuación de los capitulares en el discurrir diario, siendo fundamental esta parcela para el conocimiento global del funcionamiento capitular, en el cual a pesar de la aparente inmovilidad y automatismo también había tensiones y conflictos que rompían rutinas y propiciaban cambios. Estas reflexiones las encontramos analizando la asistencia de sus componentes; sus entradas y salidas de las sesiones, así como su absentismo, que fue otro de los problemas con lo que los corregidores tuvieron que enfrentarse, ocasionando grandes perjuicios tanto a los propios como al pósito y buen gobierno en general, pues al no haber *quórum* suficiente para poder celebrar cabildo, las informaciones que se obtenían en dichas asambleas dejaban de existir, por lo que las posibilidades de actuación de los capitulares se veían reducidas.

Mediante las denominadas sesiones de cabildo podemos desentrañar la organización interna que tenía el cabildo, constituyendo verdaderas crónicas donde está reflejada toda la vida

de la ciudad: abastos, obras, epidemias, escasez, pleitos, etc., La cuantía de los temas así como sus contenidos eran muy variados, no influyendo para su celebración ningún mes del año, vísperas de fiestas como Semana Santa, Navidad, o vacaciones, pues dependía más de los acontecimientos o hechos que se desencadenaba en cada momento. Así, el 4 de septiembre de 1556 se reunieron en cabildo extraordinario para acordar que se hicieran fiestas por la victoria que había tenido Don Martín de Córdoba y de Velasco, Conde de Alcaudete, capitán general de los reinos de Tremecén y Túnez, en el cerco que los turcos y moros tenían puesto sobre Orán. Para celebrarlo se mandó poner luminarias en las ventanas y hacer candelas en las calles. También acordaron que el día de San Luis se lidiaran 6 toros; el día de Nuestra Señora de Septiembre se hicieran juegos de cañas y una procesión solemne que recorriera las calles desde la Iglesia Mayor a Santiago.

A grandes rasgos, así era el funcionamiento del ayuntamiento malagueño cuando tuvo lugar la redacción de las Ordenanzas de la Ciudad de Málaga, que comprende las principales normativas por las que se regiría Málaga con cierta autonomía respecto al reinado anterior y que perdurará a lo largo de la Edad Moderna.

REDACCIÓN DE LAS ORDENANZAS DE 1556

Este texto responde a un antiguo deseo de dotar al municipio de un reglamento para la regulación de la vida ciudadana y gremial, donde quedasen recogidas las diversas disposiciones dimanadas a lo largo de los años. El resultado fue un libro manuscrito compuesto de 401 hojas que aunque redactado y aprobado en 1556, año que coincide con el primer periodo del reinado de Felipe II, no se publicaría hasta 1611.

En aras a este interés municipal y práctico, destacaremos dos cabildos donde los capitulares reunidos en sesión ordinaria acordaron

encuadernar el libro y enviarlo a Corte para su confirmación. Uno fue el día tres de enero⁶ , presidido por el corregidor don Pedro de Vivero, asistido de los regidores Juan de Torres, Gonzalo Hernández, Bautista Salvago, Rodrigo Álvarez, Hernando de Torquemada, Pedro de Madrid y de los jurados Ruy Pérez, Diego de Aguilar, Gómez Vázquez, Francisco Arias, Diego de Pisa. Vista las ordenanzas que nuevamente se habían hecho, mandaron en primer lugar que por ellas se debían regir el gobierno de esta Ciudad y por consiguiente, desde ese momento convenía usarse como fuente de consulta; en segundo lugar, ordenaron su encuadernación para facilitar despachar todos los asuntos de forma rápida, ya que se perdía mucho tiempo en buscar las normativas que tenían que aplicar dispersas en diversos libros; y finalmente, se enviaría a S.M con el fin de confirmarlas, a la vez que entregarían ciertos traslados a los sobrefieles para que las tuviesen en su poder y poder actuar conforme a ella. Para que todo se cumpliera como habían acordado y no hubiese impedimento alguno, comisionaron al regidor Hernando de Torquemada, y al jurado Pedro de Molina.

Posteriormente, en cabildo 17 de abril⁷ presidido por el corregidor don Pedro de Vivero, de los regidores Juan Contador, Pedro de Madrid, Juan de Berlanga, Juan de Torres, Gonzalo Hernández de Córdoba, Juan Bautista de Cazalla, Rodrigo Álvarez de Herrera, Hernando de Torquemada y de los jurados: Ruy Pérez, Juan de León, Hernando Ordoñez, Diego de Aguilar, Diego Ordoñez, licenciado Molina, Diego de Ventemilla, fue cuando se presenta el manuscrito y establecen que "las dichas ordenanzas se guarden según y como en ellas se contiene y por ellas se determinen las denunciaciones que se hicieren por los fieles y guardas del campo de esta Ciudad y por otras cualesquier personas" . Asimismo, viendo que algunas de ellas aún no estaban confirmadas por S.M, mandaron

⁶ A.M.M. Catas Capitulares, 1556, enero, 3 vol. 12, fol. 99v.

⁷ *Ibíd*em, 1556, abril, 17, vol. 12, fol. 155-155v

enviárselas para tal fin, pero mientras tanto llegaba, dispusieron que se guardasen y conforme a ellas se determinarían las causas de denuncias, ya que convenía para la buena administración de la Ciudad.

Dicho ordenamiento se completó y perfeccionó con el desarrollo de la actividad municipal a lo largo del tiempo.